

Lorenzo Rodríguez Amores. Provisional. Si, a su paso por este mundo, una persona deja huella y esa huella se palpa, trasciende y es notoriamente digna del mayor encomio bien merece la ofrenda de nuestro mas sincero y emocionado reconocimiento: Y el benemérito trujillano Juan Moreno Lázaro, por derecho propio, es una de esas personas.

Nos congratulamos sobremanera que sea este modélico Centro de Iniciativas Turísticas el que, con su habitual sensibilidad y altura de mira, haya tomado conciencia, de la referida circunstancia, y auspicie este cariñoso acto, acto de rigurosa justicia, en homenaje al que fue su decidido promotor y primer presidente. También felicitamos a dicha entidad por el marco elegido, el más idóneo y oportuno: Los tradicionales Coloquios de Trujillo, hoy por hoy la convocatoria cultural de más rango y solera de Extremadura, de cuya paternidad, tanta parte le corresponde a Moreno Lázaro. ¡Como quería Juan a los Coloquios! Coloquios, sobre los que siempre flota y flotará su memoria.

Pero encontrándonos Trujillo y rodeado de trujillanos no vamos a caer en la ingenuidad de decir quién fue Moreno Lázaro con la agravante de que nuestra semblanza no estaría despojada de pasión porque aún permanece vivo el desgarró sentimental que nos ocasionó su pérdida. Sin embargo, libre de tentaciones hiperbólicas que nada agradarían al homenajeado y pasando por encima de un ejemplar comportamiento cívico, de una limpia ejecutoria privada, de una probidad profesional o del creyente de una fe fuera de lo común, ¿Cómo no hacer un alto y detenernos ante el perfil humano del inolvidable amigo Juan? El hombre de la exquisita corrección. El hombre de la elegante sencillez. El hombre equilibrado sin aristas y estridencias. El que nunca imponía criterios propios a pesar de que a veces lo requería la situación y le sobraban recursos y razones para ello. El que siempre fue enemigo de subirse a pedestal es o de exhibir laureles. ¡Juan

3

Moreno Lázaro: caballero en plaza, nada menos que en la Plaza Mayor trujillana!

Tampoco podemos pasar de soslayo la fructífera labor de Juan, prescindiendo de la desarrollada al frente del C.I.T., y la de hacer posibles los Coloquios, que no por ser ampliamente conocida es menos interesantes y que tanta incidencia a tenido en la ciudad, nos referimos a la de difundir, a los cuatro vientos, es sugestivo y rico acerbo historico-monumental trujillano. ¿Podía contar una población de la categoría de Trujillo con un valedor más denodado? Y lo hizo con la pureza del amor entrañable que siente uno por lo suyo, y Juan llevaba en el corazón a su Trujillo del alma, y también con la naturalidad que propicia la preparación concienzuda. Una preparación de mucha mayor enjundia de la que aparentaba y ocultaba su innata modestia. Una preparación, prácticamente adquirida por sus propios medios. ¡Cuántas veces echaba Juan por delante la advertencia, en casos de cambios de pareceres, que él no había recibido otra enseñanza oficial que la primaria! Una modalidad de aprender que en verdad no es una exclusiva de nuestro admirado amigo y aquí tenemos tan magníficos ejemplos de los varios cultos trujillanos que se han adentrado en el escudriño del pasado por diferentes derroteros en idénticas condiciones y cuya labor, sin duda, ha sido facilitada por esta estupenda escuela que son los Coloquios.

El buen saber de Juan no solo encandiló a iniciados o simples curiosos que también sorprendía lo mismo a intelectuales de alta talla como a personalidades de la cumbre social, de los que somos testigo excepcional con el ruego de que se nos perdone el dirigirnos a ustedes en primera persona. Era de ver la cantidad de gente que acudía a Juan en busca de noticias del pasado trujillano y no es que él se prodigase sino que era buscado: Recordamos la correspondencia con aquel argentino que inquiría su entronque con Hernán Cortés a través de la sangre trujillana de éste.

Un día se presenta en solicitud de Juan el consagrado investigador de Jerusalén, D. Hain Bernart, con un impresionante bagaje documental de la importantísima colonia hebrea trujillanense que una vez publicado tapanía un sensible vacío de la historia local. Juan, que como sabemos navegaba igual que peces en el agua por el entresijo del recinto antiguo, complació al hebreo con minuciosidad en todos los puntos, en caso de existir, que le interesaba conocer, lo cual da origen a una estrecha comunicación epistolar y en la que el profesor le reitera su deseo de volver a visitar Trujillo sin prisas y sin agobios y para cuya visita, por cierto, estaba programado hacerlo propio a nuestra finca, que ya lleva un nombre significativo, de Valle-Judío, porque en tiempos pasados formó parte de una extensa

heredad que perteneció a la riquísima familia judía de los Choen trujillanos.

Otra vez, el que se acerca a Juan a recabar información, tal vez de su ascendencia, es un ilustre prócer, que entre otros títulos nobiliarios lleva uno netamente trujillano, y ambos quedan complacidos por igual por lo que conciertan una nueva entrevista a corto plazo con comida incluida, a la cual Juan propuso a su visitante que le agradecería le acompañase este servidor de ustedes. [Estas deferencias tenía con nosotros el inolvidable amigo! Pero este nuevo encuentro no llegó a celebrarse porque ya Juan, antes de lo esperado, arrancó su vuelo hacia la eternidad.

En fin, la última vez que vimos a Juan, justo una semana antes del óbito, aún le encontramos en la brecha, aunque con signos visiblemente preocupantes pero con plenas facultades mentales, dando instrucciones a unos operadores de Televisión desde donde cogerían los mejores planos de la ciudad. Y la verdad es que en esta faceta de conocer Juan a su Trujillo alcanzaba hasta los detalles más exhaustivos de tal manera que si por cualquier circunstancia fuese necesario reconstruir con fidelidad una perspectiva, de la zona histórica, un simple balcón, una porta o una airosa chimenea, de la misma, no habría mas remedio que recurrir a su arsenal fotográfico. Ninguno de los dos presagiábamos que aquella ocasión sería

nuestra despedida. Conversamos con la habitual normalidad haciéndonos saber que la parte literaria del reportaje televisivo también era suya y nos decía con evidentes matices de decepción:

-Fíjate -nos comentó- este trabajo, en el que he puesto mis ilusiones, lo he realizado por encargo, antes de ayer una vez que lo rematé, fui a enseñárselo, para ver que le parecía, al que me lo había solicitado, me responde éste:

-Si, muy bien, pero esto lo leo yo.

Como no había siquiera atisbos de citar la autoría le preguntamos a nuestro amigo su forma de reaccionar:

-Solamente le contesté que bueno. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

¡Qué generosa resignación la de Juan en el que sin duda fue el postrer servicio que prestó a su ciudad!

¡Cómo no recordar con nostalgia las frecuentes charlas, casi siempre con ese encantador fondo de la Plaza Mayor, que sostuvimos con Juan! Él solía centrarse sobre temas de Trujillo y nosotros hablábamos de la tierra trujillanao ¡Cuántas veces le comentamos: Juan, convencers los trujillanos, incluidos historiadores, que Trujillo, aparte de la extrapolación allende los mares, se extiende más allá de los berrocales!

Permítasenos que rindamos culto a una amistad, a una amistad que ya data desde el inicio de los primeros Coloquios, que los Coloquios no solo expanden cultura que también es una singular oportunidad de estrechar cordiales lazos y nosotros estamos en condiciones de dar fe de ello con una gran cosecha de buenos amigos aquí conseguidos. A una amistad auténtica, a una amistad leal, a una amistad de íntimas confidencias ... Este es el Juan Moreno Lázaro que conocimos, que admiramos, que recordamos y que echamos en falta ...

